

GLADYS LOPRETO

**Profesora, Investigadora y
Miembro Docente de la
Comisión de Enseñanza de la
Facultad de Periodismo y
Comunicación Social (UNLP).**

Me pareció poco serio titular el presente trabajo “*Dos periodistas y un mismo desvío*”, o algo por el estilo, aunque ése es el tema: separados por una enorme distancia y posiblemente sin conocerse el uno al otro, los dos comunicadores aludidos en el fallido título coinciden en un “desvío” del lenguaje -o desviación de la norma, tropo, figura retórica- para designar un mismo referente y otorgarle función poética, en el sentido de Jakobson, al discurso; es decir, una palabra opaca que hace detener la mirada y atrae por sí misma, creando la sensación o ilusión de una infinidad de sentidos antes de conducirnos al significado referencial. Pero no se trata acá sólo de un mero ejercicio escolar sobre interpretación del discurso: importa que el referente y la expresión a la que acudieron se vinculan a determinadas constantes que conforman nuestra idiosincracia cultural. En este aspecto, comparto con Matoré el criterio de que la Lingüística debe aspirar a algo más que a hurgar en sus propios problemas, ya que, en tanto pertenece a las ciencias del hombre¹, puede aportar elementos indiscutibles para la comprensión de la realidad.

1. La función retórica

De la teoría del signo lingüístico se sigue el concepto de transparencia del mismo, como consecuencia de la indisolubilidad del significante y el significado: la mirada pasa a través de la *palabra* y llega al referente, en lo que se suele llamar un “lenguaje cero” o “lenguaje científico”. La inclusión del concepto de figura retórica o *desvío* -como tradicionalmente se lo ha llamado- atenta contra esa condición del signo: la palabra, que se vuel-

ve opaca, nos sorprende y como efecto detiene, atrapa nuestra mirada. En ese caso aparece la llamada “función retórica”, coincidente para el Grupo M con la que Jakobson califica como “función poética”, cuyo objetivo es atraer la atención del destinatario sobre el mensaje.

Sentimos necesario aclarar que los autores citados consideran que el *mensaje* no es un factor más de la comunicación, como parecería desprenderse del conocido esquema, sino el producto global de los otros factores. Su “carácter totalizante” reside en que la función retórica o poética, que de él se deriva, afecta a las otras funciones del lenguaje, actuando en primer lugar sobre el *código*²: transforma las convenciones produciendo desvíos o figuras, en procura de efectos comunicativos (Grupo M 1982).

El conocimiento de los desvíos o figuras del lenguaje constituyen el tema de la retórica. Su importancia está en que, lejos de consistir en la mera enumeración de figuras o *tropos*, tiene que ver con una eficacia del mensaje buscada -conciente o inconcientemente- a partir de esas figuras; desde sus orígenes, su dominio se intersecta con la pragmática, que incluye dentro de sí los estudios sobre enunciación, sólo que, mientras lo enunciativo se centra en la apropiación o utilización subjetiva del código lingüístico -con las observaciones que Kerbrat-Orecchioni ha formulizado ya sobre el concepto de código-, la retórica implica necesariamente el hecho de que exista un uso singular o desviación de la norma, tal como se lo reconoce habitualmente para la literatura, la publicidad, el argot, etc. (Grupo M 1982, 47), pero que puede aparecer en otros géneros discursivos, vg. el periodismo.

Por tratarse de hechos de lenguaje producidos en situaciones comunicativas concretas estamos más bien en el dominio de lo histórico o fenomenológico, por lo que el concepto de desvío suele remitir a la antigua dicotomía lengua-habla (o planteos similares). En relación a ella es interesante recordar que antes y después de F. de Saussure hubo soluciones opuestas, que presentaban la lengua y el habla como un todo. El éxito de la propuesta saussureana, además de razones de orden aleatorio puede tener que ver con la tendencia a reconocer carácter científico a todo aquello que favorece el análisis, el separar, el avanzar cognitivamente a través de opuestos; y como justamente en su época de lo que se trataba era de dar "carácter científico" al estudio del lenguaje, es comprensible la preferencia por la solución que parecía ponerlo a salvo de una mirada totalizadora, sentida como confusa, errática. No es ajeno el hecho de que el espacio donde se dio esta prevalencia haya sido el aula, universitaria es cierto pero aula al fin.

A poco menos de un siglo de este vértice de caminos, a partir del cual la Lingüística entre nosotros se desarrolló en una dirección olvidando casi la otra, resurgen serios planteos holísticos que cuestionan la existencia de las dos entidades en forma separada. Pues se han invertido muchas décadas buscando la Lengua como objeto a ser descrito y todavía no se lo ha encontrado. Aparecen entonces el concepto de norma, de ideal. Cuando Chomsky menciona "el problema de Platón" lo vincula inmediatamente, a partir de su propia aclaración, con las hipótesis sobre el patrimonio genético que subyace al lenguaje, pero no prestamos tanta atención a que se refiere también al proceso de idealización que está presente cada vez que intentamos describir o explicar la lengua³. En la actualidad la diferencia se dirime no tanto por el objeto en sí mismo sino por los objetivos que tenemos en nuestra aproximación teórica al tema: si intentamos descubrir lo regular y sistemático, por

un lado, o si atendemos a lo anómalo o contingente, por el otro, actitudes que implican distintos abordajes y ubican el objeto de estudio en una línea de tensión entre uno y otro extremo (Harris, 1994).

Así, mientras a partir de un criterio de sentido común (Varela F. J., 1990) sigue resultando necesario el concepto de código, en las realizaciones lingüísticas observadas se constata una diversidad que contradice la idea de homogeneidad inherente a la de código. De ahí que en el funcionamiento del sistema juegue un papel importante la redundancia⁴: de lo que decimos -o escribimos- la mitad o más es repetición, la cual resulta necesaria para encauzarnos cada vez que nos apartamos de ese juego reglado que es el lenguaje. La redundancia también permite o al menos facilita, como condición necesaria pero no suficiente, el desvío o tropo. Así surgen la metáfora, la alegoría -entendida como conjunto de metáforas- y otras de las llamadas *figuras retóricas*. Tradicionalmente entendidas como recursos para la persuasión, ofrecen, además de un estimulante desafío al destinatario, el atractivo de que, en los desvíos del código, las unidades discretas superiores pierden sus contornos y producen sentido por relaciones de continuidad, analogía, similitud, es decir, favorecen el siempre presente deseo de romper barreras de lo cuantificado mostrando aspectos continuos del mensaje. Además pueden poner en una palabra la síntesis audaz que, con eficaz economía de recursos, logre el fenómeno comunicativo (hecha la salvedad de que hubo y habrá también cánones estéticos que prescriban el exceso verbal). De este modo adquieren un gran valor operativo en todo tipo de discurso, inclusive el científico. Sin más, lo vemos en la frase arriba citada: por qué no una fórmula transparente, nos preguntamos, en vez de las frases alusivas "el problema de Platón", "el problema de Orwell", que encabezan importantes capítulos de la investigación chomskyana.

La respuesta es que esos titulados, sin duda, resultan más atractivos, más brillantes que el lenguaje directo, simplemente denotativo. Porque la metáfora, el ritmo del verso, la hipérbole y otros tantos recursos retóricos no *significan* directamente: atraen, sorprenden, fascinan⁵, tanto al destinatario como al propio emisor. En este sentido, y atendiendo por otra parte a los conceptos de Matoré vertidos arriba sobre la necesidad de no quedarnos enredados en la maraña sólo verbal, quiero referirme a los dos textos aludidos al comienzo, en los que aparece una coincidencia retórica de por sí muy significativa. Uno de los textos se produjo en nuestras aulas en el año en curso; se trata de la conferencia de un joven periodista sobre la luchas de los zapatistas en el estado mexicano de Chiapas, de las que había sido testigo y cronista⁶. El otro es un poema, tolerado por la crítica literaria como "crónica rimada", en el que se relata el sitio y la hambruna de Buenos Aires hacia 1536. Se trata de un "romance noticiero"⁷, género que en esa época cumplía la función de *medio* de comunicación para difundir noticias, tanto desde los círculos de poder como de los sectores populares, al que le cabe al menos el mérito de haber sido el primer poema escrito en el Río de la Plata. Los dos tienen en común que relatan situaciones donde la naturaleza de América -en un sentido amplio que abarca lo geográfico pero también lo sociocultural, histórico, etc.- juega un rol protagónico. Para referirse a ella los dos autores, el periodista de nuestros días y el entonces joven cronista, acudieron a la metáfora o alegoría de "la mujer" mediante la utilización de palabras correspondientes al mismo campo semántico, sacando a superficie un imaginario largamente enraizado, a pesar de las diferencias de contexto, aunque con connotaciones no totalmente iguales.

Nuestra propuesta es un breve recorrido para encontrar el sentido del *desvío* y al mismo tiempo ver cómo, en alguna medida, el

fenómeno gramatical o estrictamente lingüístico conduce a la creación retórica.

2. La metáfora femenina

En primer lugar me referiré brevemente al relato sobre Chiapas, testimonio vívido, directo, acompañado de fragmentos filmicos, que merecían como epígrafe las palabras del mexicano Carlos Monsiváis (1993) en relación al Quinto Centenario: "Todo resulta del mismo proyecto: expulsar a lo indígena de la América Latina de hoy. Es lo extraño y ajeno, lo exótico, lo que no podrá ser moderno". En el texto de D. Pignotti, la evidente desproporción de fuerzas mostraba como previsible la derrota de las zapatistas y poblaciones que los apoyaban; sin embargo, a más de un año de iniciada la guerra, diversas razones de orden político, estratégico, etc., impedían que eso ocurriera, pero además, agregaba, existía el factor geográfico: las montañas, el clima, la lluvia, y sobre todo la selva. Como se sabe por lo que nos llega a través de los medios, la selva, en la que la gente lugareña es sabia, acosa al soldado federal. Fue entonces cuando el expositor acudió a la retórica: a *la selva lacandona* no se la puede conocer, no se la puede vencer. Es bella, fascina, subyuga, pero también anula, atrapa al soldado: luego, mediante una alusión a "la guadalupana", personalizó a la selva lacandona en una *mujer*.

La metáfora, que había fascinado al propio emisor, acusaba la persistencia de una imagen de raíces profundas, con distintas manifestaciones en las culturas autóctonas y también hispánica. En efecto, durante la Conquista (siglo XVI) -hecho que los propios chiapatecos tenían bien presente como una *experiencia fundacional y traumática*⁸, aplicando palabras de A. Argumedo (1993, 140)- surge la misma metáfora en el cronista español.

En principio, los conquistadores del Río de la Plata llamaron a esta zona⁹ *la tierra* -sustantivo que incluía la llanura, el monte, los ríos que no podían dominar¹⁰ y los indios enemigos, a quienes llamaban *esclavos*-, o *la*

conquista, con el sentido concreto de "lugar conquistado", como si implícitamente no se discriminara entre el hecho externo, de agresión al "otro", y el lugar definido desde esa misma agresión. No presentan a América como otro continente, es la *página blanca* a la espera del conquistador que *la escriba o escribure* (T. Todorov 1987, 45), o el continente vacío, de ahí que se le deban *hacer entradas* (eufemismo por "invadir, arrasarlo", frecuente en las crónicas).

Ambos significados, el de tierra y el de conquista, no casualmente se confunden en nuestro poema original en la metáfora de la mujer: es la que busca dueño, la que debe ser entrada, penetrada, la que no se concibe con existencia propia sino como parte del hombre, del conquistador. En la sociedad fuertemente patriarcal de la España de entonces al sexo femenino se le impone la obediencia total al hombre (R. Rodríguez Molas 1985, 53-54); por lo tanto, la comparación de América con la mujer es clara.

Seguramente esta imagen no fue ajena a un contexto en el que los españoles se impusieron, especialmente en Asunción, mediante el dominio sexual, origen de un extenso mestizaje. Algunos historiadores interpretan este hecho como muestra de una actitud antirracista, integradora (Lafuente Machain, 1939). Para R. Molas (1985, 45ss) fue en cambio un método de sometimiento de las comunidades indígenas a través de lazos de parentesco, ya que las mujeres no solo cumplían su rol sexual y doméstico y les servían labrando la tierra, como lo venían haciendo en las culturas guaránicas, sino que al mismo tiempo se establecían lazos entre los conquistadores y los indígenas varones, que de ese modo quedaban indirectamente controlados.

Volviendo a nuestro poema, en la época en que surgió, hacia 1537, el hombre europeo todavía no había establecido su dominio en la región. Entonces "la tierra" se presenta como indómita y cruel, lo asedia y lo rechaza a través del hambre, situación que se constituye en el principal tema de la narración de

Luis de Miranda. Aparece allí con metáforas que connotan el significado de "mujer no virgen", tierra conquistada. Pero mediante una proyección de la violencia intrínseca de su cultura, dirá que es una mujer *traidora*, que no se deja dominar (es *señora*) y *mata* a sus maridos. El atributo más fuerte que usa es *manceba*, que en la forma femenina, además del antiguo significado de "esclavo o esclava joven", agregaba el de "concubina, barragana" o directamente "prostituta" (Rodares Marrodán J.R., 1987). Alude así a la conducta prostituida, no convencional, irreflexiva (*tan a ciegas*, dice) supuestamente atribuible a una manceba. La clara connotación de pecado o culpa que allí aparece funciona como contracara del sentimiento de barbarie, de ausencia de leyes en América, lo que en realidad traduce el desconocimiento, por parte del europeo, de algún tipo de organización en las culturas indígenas.

Es "la tierra traidora" la que *mata* a los seis maridos: no sólo a los cuatro oficiales muertos en batalla -no se dice que son los indios quienes, en respuesta a la agresión primera, los matan, sino la tierra-; *mata* también a Pedro de Mendoza, quien al intentar regresar a España, *muer*e en alta mar a causa de la sífilis; y primero que nadie *mata* a Osorio, en realidad ajusticiado en las playas de Brasil, antes de arribar a estas orillas. Es decir, la tierra-manceba no sólo *mata*, también enferma y enloquece a los hombres, pone el arma en la mano asesina. La mala conducta justificará después el castigo. El relato tiene su lógica pero, permítasenos agregar, tanto entonces como ahora no hay obediencia debida que valga: la relación que se da explica la frecuente referencia a la culpa y a la consecuente necesidad de *descargar la conciencia*, frase que aparece sobre todo en textos de los altos personajes: el Adelantado, los Reyes, etc., y el tono trágico en muchos relatos de los conquistadores.

La tierra-mujer es pues la amenaza de destrucción para el hombre-soldado que proviene del poder hegemónico, aunque no deje

de ser la madre-contenedora de los naturales (imagen ésta que no aparece en el poema). Mientras el soldado trae técnicas, vehículos, armamentos poderosos, ella tiene el poder de la naturaleza, es salvaje (la manceba, la selva), abarca dentro de sí a los indios (que en el relato del conquistador no se perfilan como personas) y a los nativos de Chiapas, con su menor capacidad ofensiva.

Y para completar las coincidencias, digamos una muy importante: en ninguno de los dos relatos la imagen de la mujer se corresponde con las mujeres reales, históricas. La *manceba cruel* que mata a sus "maridos" nada tiene que ver con las españolas que vinieron al Río de la Plata y menos aún con las mujeres guaraníes¹¹, unas y otras anuladas, sometidas, esclavizadas por el conquistador (Rodríguez Molas R. 1985, Todorov T. 1987). Del mismo modo la selva gigantesca, deslumbrante, lujuriosa, poco tiene en común con la imagen exterior de las mujeres de Chiapas, que aparecen en fotografías con señas evidentes de desnutrición, enfermedad y pobreza (Cf. Artículo de *Página 12*, 3/3/94), como es frecuente en los pueblos sumidos en la miseria, donde los sectores más castigados son los de menor posibilidad de autonomía, es decir, mujeres y niños. Tanto es así que las chiapanecas, como es conocido, debieron librar primero batalla contra sus propios hombres y su propia cultura para surgir de un profundo grado de sometimiento, al punto de que se considera que el verdadero alzamiento del ELZN se produce no en enero de 1994 sino en marzo del año anterior, con la llamada Ley de Mujeres¹².

La diferencia entre uno y otro texto está en lo enunciativo, sobre todo en el marco ideológico y el contexto. Para Luis de Miranda, que trae la cultura misógina del siglo XIV y participa de una política militar expansionista, la tierra es enemiga, es la manceba (connotación negativa) que mata, por eso se la debe castigar, someter. En el texto contemporáneo la selva lacandona, en cuyos perfiles de mujer están presentes la imagen de la guadalupana (connotación positiva) y también antiguos y modernos

mitos sobre el poder femenino, vistos desde una política de liberación, la metáfora sugiere la anhelada seguridad del seno materno y la belleza deslumbrante de la naturaleza.

3. Somos lenguaje

El imaginario subyacente se abreva en ambos casos de raíces lejanas. Pero la metáfora común conjuga otro fenómeno: el condicionamiento que el lenguaje produce a un nivel operatorio, en el sentido de H. Maturana (1990). Dirá el autor que somos lenguaje o somos en el lenguaje, concebido como instrumento ad hoc por el que, en acoplamiento interactivo con el medio, incorporamos a nuestra estructura intrínseca el "afuera" en forma de conocimiento operacional, al mismo tiempo que construimos esquemas cognitivos, indispensables a nivel operatorio. El concepto del lenguaje como "instrumento" se corresponde con el término "tecnología"¹³, y en este sentido tanto el lenguaje (oral) como la escritura se entienden como tecnologías de comunicación (Ong 1982). Ahora bien: la técnica y el material o soporte inciden en el proceso, idea ya presente en el esquema de Jakobson. Así como un cuadro, por ejemplo, no es indiferente a los materiales e instrumentos utilizados sino que está condicionado en parte por ellos, así también el mensaje verbal muestra su propia impronta tecnológica.

Más aún: por el hecho de que el instrumento condiciona nuestro conocimiento -y acá pasamos a un campo más amplio que abarca en general el fenómeno de conocer- es común que resulte imposible diferenciar el conocimiento del instrumento por el cual conocemos, del que pocas veces tomamos conciencia. Maturana da como ejemplo el fenómeno de la visión, en el que sólo a través de la experiencia del "punto ciego" del ojo, es decir, en una situación anómala, provocadamente distinta, tenemos la experiencia o caemos en la cuenta de que "no vemos que no vemos". Esos viejos experimentos o juegos ópticos llevaron al hombre, desde muy antiguo, a concepciones que

en la actualidad pueden ser fácilmente aceptadas, a través de la divulgación científica de los descubrimientos.

Algo similar ocurre con el lenguaje: no reparamos en su aspecto instrumental o tecnológico en tanto no se produzcan cambios que generen contradicciones entre lo ideológico y lo comunicativo. Entonces, cuando el conocimiento no se siente representado por las palabras o se produce el choque entre la ideología, las creencias, y las palabras por el que éstas se comunican, alguien puede preguntarse por la legitimidad del lenguaje¹⁴. Es cuando surge la mirada crítica.

Mientras tanto, como instrumento creador de coherencias que continuamente van cambiando, el lenguaje con sus recursos -formales o de sentido- puede condicionar la mirada. G. Matoré (1972, 32) lo ejemplifica con respecto al uso de un adjetivo¹⁵. En nuestros ejemplos, si bien obra un imaginario que equipara la condición de tierra conquistada a la de femineidad, en la elección de la metáfora influye también el instrumento utilizado, es decir, el lenguaje. Veamos cómo. En primer lugar, en el Romance aparece la técnica retórica de la época: ya se sabe que la tierra o ciudad y su gobernante, en los romances tradicionales españoles, de influencia morisca, eran figurados como mujer, esposa y dueño, esposo, figuras que marcaban el sentimiento erótico y también de poder, de señorío. Hay además una estrecha cohesión entre las figuras y el soporte gramatical, es decir, el género de los sustantivos (pese a que se haya intentado desvincular al 'género gramatical' del componente semántico "sexo"¹⁶): ciudad, tierra, esposa son femeninos.

En el relato periodístico se da el mismo paralelismo en cuanto al género gramatical: la selva (referente) tiene en su expresión lingüística el género femenino, como la mujer (metáfora). Seguramente la vieja tradición retórica señalada para el Romance, aunque tal vez olvidada de sus orígenes, está presente, y hasta podríamos remitirnos a antiguos mitos en los que la tierra, la naturaleza, siempre es mu-

jer¹⁷. Pero independientemente de estas tradiciones, hoy borradas a nivel superficie, encontramos que operan el rasgo gramatical del género del sustantivo y también el soporte estrictamente material: vinculada con el género gramatical, la reiteración del fonema que otorga marca de femenino al sustantivo y al adjetivo españoles, es decir, la vocal abierta y central (a lo que podemos agregar, siguiendo a los poetas simbolistas, el predominio de fonemas sonoros, rotundos), tiene su peso en la producción de la metáfora de la mujer. Sentida como personaje protagónico, qué otro sexo podría tener la selva lacandona.

A modo de síntesis

En este recorrido hemos focalizado algunas palabras que funcionan como signos o como desvíos, cuyo sentido, tomado de un imaginario, va de mano con los recursos formales del código. El poema del siglo XVI -que perduró en forma oral para guardar la memoria de hechos de destrucción y malgobierno- se apropió de la alegoría de la mujer para significar la fiereza de la tierra americana en su lucha contrahegemónica. El conquistador proyecta su violencia en la tierra-mujer violada, sintiéndola a ella destructora. El ciclo se repite. Aunque los afectos estén hoy en lados opuestos, por alguna tortuosa vertiente la antigua raíz se actualiza en el discurso social del periodista, en el que persiste la misma imagen de la mujer como fuerza poderosa y destructora en relación al hombre que viene de los centros de poder.

NOTAS:

¹ Matorè habla de 'las ciencias del hombre', expresión adecuada ya que, aunque se refiere sobre todo a las 'ciencias sociales', puede comprender también los estudios psicológicos, biológicos, etc.

² Si bien desde el punto de vista enunciativo o subjetivo, sobre todo a partir de la exhaustiva mirada de Kerbrat-Orecchioni, se ha debilitado la idea de código, el concepto sigue vigente como supuesto teórico necesario al tratamiento de otros temas, vg. la interacción lingüística.

³ ...las idealizaciones que se explicitan en las investigaciones más cuidadosas difícilmente pueden cuestionarse; aíslan una propiedad de la facultad lingüística para su estudio, propiedad cuya existencia no puede prácticamente ponerse en duda y que, con toda seguridad, es un elemento fundamental en la adquisición real de la lengua. Al hacer explícitas estas idealizaciones y realizar nuestras investigaciones de acuerdo con ellas, en modo alguno menoscabamos el estudio de la lengua en cuanto producto social. (Chomsky N. 1985, 32)

⁴ Hockett Ch. (1962) da aproximadamente un 50 % ; el Grupo M reconoce para el francés un 55 % , porcentaje seguramente similar en español.

⁵ ...Una de las características de la obra de arte es la de insinuar su verdad particular como verdad absoluta. Hay una fascinación de los procedimientos retóricos, de donde resulta generalmente una limitación de la conciencia crítica, necesariamente comparativa (Grupo M 1972, 59).

⁶ Conferencia del periodista Darío Pignotti, junio de 1995.

⁷ Se trata del "Romance" de Luis de Miranda. Para la clasificación genérica y estudio del poema ver de la autora: "...QUE VIVO EN ESTA CONQUISTA. Textos del Río de la Plata, Siglo XVI", cap. II (en prensa).

⁸ Como lo aclaró el periodista, no sabían de la existencia de Argentina o Brasil ni de sus ídolos populares, pero sí 'sabían que hacía 500 años que estaban en lucha' -es decir, homologaban la vieja y la actual conquista- razón fundamental por lo que no abandonarían sus posiciones.

⁹ La gobernación del Río de la Plata tenía dos puntas o centros de expansión: Buenos Aires (fund. 1536) y Asunción (fund. 1537).

¹⁰ Sabido es que uno de los problemas que tuvieron los conquistadores fueron los relacionados con la navegación fluvial.

¹¹ Isabel, una de las españolas de la expedición de Mendoza, cuenta cómo las mujeres salvaron a los hombres; por otra parte las mujeres guaraníes sirvieron y dieron numerosos hijos a los conquistadores.

¹² Carta del Subcomandante Marcos a Marta Lamas del 5.5.94.

¹³ El concepto de lenguaje como tecnología ya aparece en el griego antiguo, lo consagra en nuestros días el libro de Ong W.J. (1982), subtítulo **Tecnologías de la palabra**, a partir del cual el término es citado en textos sobre la comunicación (Cf. A. Ford 1992).

¹⁴ Valga como ejemplo no un lingüista sino un poeta, Fernando Pessoa (Periolibros 1994, I): "...Si Dios es las flores y los árboles, / los montes, el sol y el claro de luna, / entonces creo en él / ...Pero si Dios es los árboles y las flores, / los montes, la luna, el sol, / ¿Para qué lo llamo Dios? / Lo llamo flores, árboles, montes, luna, sol."

¹⁵ M. cita a P. Valery y Florenne, según el cual en la frase 'la vieja Europa' el adjetivo, a partir de su vinculación con las ideas de 'decadencia y muerte', refuerza el 'complejo de impotencia' de los europeos.

¹⁶ Aunque algunos estudios estructuralistas hayan desligado al género gramatical del significado denotativo de 'sexo' (Cf. FODOR I. 1950, 1-42 y 186-215), es indudable que en algunas lenguas como el español este componente semántico subsiste.

¹⁷ La mapu de los araucanos, la tierra de los collas y de los egipcios, eran también mujeres.

BIBLIOGRAFIA:

Argumedo Alcira 1993, **Los Silencios y las Voces en América Latina**, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.

Chomsky N., 1985, **El conocimiento del lenguaje**, Madrid, Alianza Ed., tr. 1989.

Fodor I. **The Origin of Grammatical Gender**, *Lingua* VIII, 1-42 y 186-215.

Ford Anibal 1992, **Los medios: tráfico y accidentes transdisciplinarios**, COMPOS, Brasil.

Grupo M, 1982, **Retórica general**, Barcelona, Paidós Comunicación, trad. 1987, 1ª ed.

Harris R.A., **The Linguistics Wars (Review)**, en *Rev: The Sciences*, N.Y.Academy of Sciences, 34, 1. febrero 1994.

Hockett Ch., 1962, **Curso de Lingüística Moderna**, Buenos Aires, Eudeba.

Kerbrat-Orecchioni, K., **La enunciación**, Buenos Aires, Hachette.

Lafuente Machain R., 1939, **El Gobernador Domingo Martínez de Irala**, Buenos Aires, La Facultad.

Lopreto G. 1995, **...Que vivo en esta conquista. Textos del Río de la Plata, Siglo XVI**, (próxima aparición).

Matoré M., 1972, **El método en lexicología**, París, Trad. Fac. Hum. U.N.L.P.

Maturana R. H., 1990, **El árbol del conocimiento**, Ed. Universitaria, Santiago de Chile.

Monsiváis C., 1993, **Noticiero del apocalipsis y control remoto desde el sorteo del paraíso**, Congreso de las Cs. de la

Comunicación, México.

Ong Walter J. 1982, **Oralidad y escritura**, Buenos Aires, FCE, ed. 1993.

Pessoa Fernando, **Poemas de Alberto Caeiro**, Trad. Octavio Paz 1994, Periolibros, México, FCE.

Rodares Marrodán J.R., 1987, **La manceba del abad**, *Boletín de la RAE* LXVII, CCXLI, 155-170.

Rodríguez Molas R., 1985, **Los sometidos de la conquista**, Buenos Aires, CEAL

Todorov Tzvetan, 1987, **La conquista de América**, México, Siglo XXI Editores.

Varela Francisco J. 1990, **Conocer**, Barcelona, Gedisa.